

ct

La condesa Sancha

de
Aizpea Goenaga

(fragmento)

SEGUNDO ACTO
PRIMERA ESCENA

I

*Un grupo de monjes se encuentra trabajando, alrededor de una gran mesa. Unos están escribiendo, otros leyendo y otros en cambio ordenando los manuscritos.
Entra un monje joven.*

MONJE JOVEN

Este silencio se escucha demasiado.

MONJE 1

Pero es bueno para el trabajo.

MONJE 2

Bueno ha de ser, pero porque así lo ordenan.

MONJE JOVEN

Pero en el silencio, no podréis escuchar las noticias de los últimos acontecimientos.

MONJE 4

Cuentos de vieja serán, ¡seguro!

MONJE JOVEN

¡Qué va! Son noticias recién llegadas de Roma.

MONJES 1, 2 y 3

No será. ¿En verdad? ¡Cuenta, cuenta!

MONJE 4

Si vuestra conducta llegara a oídos de doña Sancha, entonces os surgirían los lamentos.

MONJE JOVEN

Ah, ja, ja, las nuevas tienen que ver con ella.

MONJE 3

¡Contad de una vez, hermano!

MONJE JOVEN

Según dicen, la ira del Padre Santo debe ser descomunal. Por lo visto, en el viaje que está realizando por tierras francas, está vigilando cómo van asentándose, según sus deseos, las reformas de la Santa Iglesia; y después de asistir al concilio de Clermont y recorrer el sur y oeste de Francia, predicando la Santa cruzada...

MONJE 2

¡Menuda noticia, eso ya lo sabemos, hermano!

MONJE JOVEN

Pero no sabéis que en... bueno en una ciudad francesa, Felipe I ha sido absuelto después de su renuncia expresa al adulterio. Y desde allí ha debido lanzar una advertencia a nuestro señor el rey Sancho Ramírez.

MONJE 4

No sabéis ni dónde se encuentra el rey, y ¿cómo pretendéis saber lo que ha dicho?

MONJE JOVEN

(Sin atenderle) ¿A que no adivináis cuál es su disposición?

MONJE 3

(Intentando acertar) ¿Qué acabe de una vez con los moros de Zaragoza?

MONJE 2

(Inmediatamente) Que la reforma sea aplicada con mayor rigor.

MONJE 1

Será algo que tenga que ver con nuestra labor en la atención de los peregrinos.

En ese momento entra Engracia. Viene cantando, con una jarra llena de agua para servir a los monjes. Se interrumpe la conversación.

ENGRACIA

¡Buenos días les de Díos!

MONJES 1, 2 y 3

(Sin hacer demasiado caso) Buenos días, Engracia.

MONJE 3

¡Venga, hermano, contad ya de una vez lo que sepáis!

MONJE 4

Engracia, ¿acaso no sabes que en adelante te está prohibido andar en el monasterio con la libertad con la que hasta ahora has gozado?

ENGRACIA

¡Sí, claro! Y ¿quién os traerá el agua fresca recién recogida del río? ¿Quién remendará vuestros hábitos? ¿Quién lavará vuestra ropa? ¿Y quién os alegrará las mañanas cantando? Además ¿qué? ¿Me vais a expulsar de aquí?

MONJE 4

Este es un retiro cristiano, es la morada del Señor, y quien no ofrezca su vida al Todopoderoso no tiene lugar en ella. Este no es tu sitio. Esta casa es para dedicarse a la oración.

ENGRACIA

¿Acaso los rezos harán que se cocinen vuestros guisos?

MONJE 4

¡Charlatana deslenguada! Apártate de mi vista. ¡Fuera! ¡Largo de aquí! Recibirás tu merecido castigo si no desapareces pronto.

ENGRACIA

¿No os parece suficiente castigo, Señor, que me eche de aquí como a un perro?

MONJE 3

(Intentando calmar los ánimos y dirigiéndose a Don Pedro y a Engracia) Por favor, hermano... Engracia, estas son las nuevas leyes, y hemos de acatarlas, entiende que ahora las mujeres no vais a tener lugar en los monasterios.

ENGRACIA

Y vamos a quedar todas las mujeres fuera de estos muros o ¿solo algunas?

MONJE 4

¡Absolutamente todas las mujeres!

ENGRACIA

(Burlona) ¡Ja, ja!

MONJE 4

¡Desvergonzada, insolente! ¡Este es un lugar sagrado! Y no te corresponde pisar este suelo. ¡Márchate pronto de aquí! Solo los monjes habitaremos bajo este techo.

ENGRACIA

¿Y yo? ¿A dónde he de marchar, al infierno?

MONJE 4

Sí, ese es el lugar que te corresponde. Ve, desaparece.

Monje 4, Don Pedro de Ródez, fuera de sí echará a Engracia de allí.

MONJE JOVEN

Perdone, hermano, pero creo que no habéis obrado con justicia. Engracia es un alma inocente que venía a traernos...

MONJE 4

(Fuera de sí) ¿Acaso pretendéis adoctrinar al mismísimo Don Pedro de Ródez?

Sobre estas últimas palabras sonarán unas campanas. Son campanadas de llamada a la oración. Pedro de Ródez, se queda inmóvil, desafiante, frente al monje joven. Todos los monjes agachan sus cabezas y se retiran en silencio.

MONJE 2

(Dirigiéndose al monje joven) ¡Venga, olvidadlo, y retirémonos!

II

El 4º monje, ha quedado el último, y en cuanto arranca su paso, desde el otro ángulo de la estancia, aparecerá Doña Sancha que lo llamará.

SANCHA

Don Pedro, esperad, os lo ruego.

MONJE 4

¿Qué deseáis, señora?

SANCHA

Todos los monjes han acudido a orar ¿no es así?

MONJE 4

Si, señora, así es.

SANCHA

He de hablar con vos, entonces.

MONJE 4

(Lívido) Estoy a su disposición, señora.

SANCHA

No sé si lo que estamos haciendo con nuestra Iglesia, es justo o no es procedente. No sé si en el futuro nos ha de favorecer, o por el contrario traerá perjuicio a nuestra Iglesia. Me encuentro en permanente vacilación.

MONJE 4

(Cortándole, incómodo) Pero nosotros no debemos hacer las leyes, solo nos corresponde ejecutar y hacer que se cumplan, señora.

SANCHA

Sí, lo sé. Aunque me es difícil espantar los malos pensamientos. Cada día surgen nuevos incidentes que atacan nuestra armoniosa hermandad.

MONJE 4

Es el resultado del esfuerzo en acostumbrarnos a novedosos hábitos, a la situación extraña, a las nuevas órdenes. Con prudencia y oración pronto encontraremos nuestro camino.

SANCHA

¡Que Dios escuche vuestras palabras! No quisiera que esta nuestra Iglesia, que a posición tan digna hemos llevado, fuese a desmoronarse.

MONJE 4

A veces, señora, de las ruinas de una edificación se funda una torre mayor. No deberíamos temer lo que el Señor ha dispuesto para el futuro.

SANCHA

No os falta razón, estimo y aprecio vuestras palabras de aliento. Ah, Don Pedro, quisiera mencionaros otra cuestión: estoy proyectando la posibilidad de crear un hospital al lado de nuestra iglesia para sanar a los peregrinos que lleguen enfermos. Ahí atrás, hay unos viejos cobertizos, que ahora casi no se utilizan, y que solo dan cobijo a ratas. Ese sería un buen lugar. ¿Qué os parece?

MONJE 4

(Entusiasmado) ¡Gran idea, señora! Bien sabéis que los peregrinos que estas tierras cruzan traerán grandes riquezas a nuestra casa que es la del Señor; hemos de ser hospitalarios con ellos. Además es bueno para la Iglesia y también para nosotros que Pamplona sea lugar de paso en el peregrinaje hasta el venerado Santiago Apóstol. Es para mí una alegría, siendo yo franco, escuchar a gente fervorosa hablar en mi idioma.

SANCHA

Deberías empezar pronto con esta nuestra tarea.

MONJE 4

Sí, Señora. Gustoso cumpliré vuestro requerimiento.

SANCHA

(Intentando no hablar con demasiada intención) Señor Don Pedro, ahora que lo mentáis... *(Pausa. Don Pedro se quedará sin saber a qué se refiere)* ha llegado hasta mí la noticia de que habéis enviado una misiva a mi hermano, el Rey.

MONJE 4

(Apurado) Sí, mi señora.

SANCHA

Y ¿podrías relatarme el contenido del mensaje?

MONJE 4

(Intentando reponerse) Le daba cuenta de nuestra tarea.

SANCHA

¿Queréis decir que no cumplo bien mi cometido, que no le doy cuenta a mi hermano el Rey Sancho Ramírez, de todo aquello que él deba conocer? ¿O es que acaso consideráis que cumplís mejor que yo esa tarea, a no ser que tuvierais que informarle de algo que no queréis que yo sepa?

MONJE 4

No, no es eso, señora.

SANCHA

¿De qué se trata entonces? (*Dura*) En el lenguaje vulgar a eso se le llama traición. Intrigar a mis espaldas.

MONJE 4

Perdonad, señora, no era esa mi intención.

SANCHA

Por desgracia, Don Pedro, conozco perfectamente vuestra intención. La conozco perfectamente. ¡Id a limpiar vuestra alma!

El 4º monje, Don Pedro, se marcha, mientras Doña Sancha se queda mirando como se va.

Cambio de luz. En la penumbra los monjes cruzan el fondo del escenario mientras van orando sus rezos.

Oscuro.

III

Cambio de iluminación. Al fondo del escenario se encuentra Doña Sancha dando la espalda a los espectadores. Está arrodillada, orando con recogimiento. De fondo se escuchan los cánticos de los frailes que están en misa. Entra Urraca, se arrodilla y sin acercarse demasiado a ella, habla con prudencia, mientras muestra su devoción a la imagen religiosa que se supone está frente a ellas.

URRACA

Perdonadme, Sancha...

SANCHA

¿Cuál será el motivo de la interrupción de mi conversación con el Señor? Si no es lo suficientemente trascendental, mejor sería que esperase.

URRACA

Jamás me atrevería a interrumpir vuestra oración si no fuera por motivo urgente. Pero ha venido el rey, nuestro hermano a veros, y desea hablar con vos.

SANCHA

¿Quién ha de tener prioridad, nuestro hermano el rey, o el Todopoderoso creador que gobierna cielos y tierras?

URRACA

Seguramente, Dios nuestro Señor, con su infinita piedad, entenderá mejor las prisas y urgencias de este mundo que nuestro hermano.

SANCHA

¿Acaso viene con urgencia y prisa?

URRACA

Sí.

SANCHA

Mal agüero entonces. *(Sigue hablando a la figura de Jesús que se encuentra delante)* Ay, Señor, cuando naciste entre nosotros, si en vez de encarnaros en varón lo hubierais hecho en mujer, ¡cuánto más fácil sería nuestra existencia!

URRACA

(Bajo, regañándola) ¡Os lo ruego, Sancha, contención!

SANCHA

Decidle que pase. Que aunque sepa lo que me va a decir, tendré que escuchar sus palabras.

URRACA

¿Acaso viene a buscar fondos para una nueva batalla?

SANCHA

(Abatida) ¡Ojala ese fuera el motivo!

En ese momento entra a la estancia Sancho Ramírez, quien interrumpe la conversación. La situación es tensa. Se nota rigidez entre ellos. Doña Urraca abraza a su hermano, intentando quitar hierro a la situación. Pero no lo consigue, tanto Sancho Ramírez, como doña Sancha utilizarán a doña Urraca como intermediaria en la conversación, para que escuche el otro lo que a ella se le dice.

SANCHO R

¡Buenos días os dé Díos!

URRACA

¡Buenos días, Sancho! Por fin nos honráis con vuestra visita.

SANCHO R

Sí.

SANCHA

¿Es acaso... “bueno” el día?

URRACA

Creo que debería marcharme.

SANCHA

(Dirigiéndose a doña Urraca) No os marchéis y escuchad lo que me ha de decir. Porque lo que se dice se pierde en el aire, y Dios no otorgó al ser la posibilidad de volver a recoger esas palabras.

SANCHO R

Si así gustáis.

URRACA

Son vuestros asuntos los que habéis de tratar.

SANCHA

No son “nuestros” asuntos, estos son temas entre la Iglesia y el Rey.

SANCHO R

¿Conocéis pues, el motivo de mi venida?

SANCHA

¡Cómo no lo voy a saber! En vuestros ojos puedo ver vuestro miedo, vuestra cobardía, vuestra debilidad.

SANCHO R

No es cuestión de debilidad, sino de querer salvar nuestro reino. Por muy dolorosas que sean algunas decisiones, hay que tomarlas. Y bien lo sabes.

SANCHA

Pero está en vuestra mano enfrentaros a esa decisión.

SANCHO R

¿Y cuáles serían las consecuencias?

URRACA

¡Por Dios, os ruego! ¿Queréis decirme de qué terrible decisión habláis?

*Doña Sancha y el rey Sancho Ramírez quedarán mudos, mirándose con gran tensión.
Doña Sancha será la que rompa el silencio.*

SANCHA

Os corresponde a vos darme la nueva.

SANCHO R

(Intentando pedir disculpas) No puedo tomar otro camino.

SANCHA

Por favor, os lo ruego: No me toméis por estúpida.

SANCHO R

Sancha, vos sabéis mejor que nadie la inmensa fuerza y poder del Papa Gregorio. ¿Qué pretendéis, que me enfrente a sus preceptos? ¿O acaso queréis que me excomulgue y sea expulsado de la Santa Madre Iglesia como el rey Enrique IV de Germania? ¿Deseáis verme fuera de nuestras santas normas? ¿Es esa vuestra voluntad, o quizás ansiáis verme bajo el mando de ese Clemente, ese loco capaz de nombrarse a sí mismo “Santo Padre”? Se ha creado gran confusión y muchos reinos han perdido el rumbo; pero yo no lo he de perder.

SANCHA

No tenéis que ir a los extremos. Estoy segura de que si pudiera hablar con el Papa Gregorio... si pudiera mostrarle el milagro obrado en el Obispado de Pamplona... los logros conseguidos...

SANCHO R

¿Pero en que mundo vives? ¿Hablar? ¿Mostrar? No es eso lo que pretende. No le interesa. No quiere mujeres en su Iglesia, y mucho menos que la gobiernen.

SANCHA

¿“Su Iglesia”? ¡Pensaba que era nuestra, que era de todos!

SANCHO R

Pero él es el pastor.

SANCHA

(Fuera de sí) ¡Y yo soy la pastora del Arzobispado de Pamplona y de Monjardín! *(Intentando calmarse)* ¡Qué más da ser mujer o varón! ¿Acaso no he cumplido mi cometido tal como deseabais? ¿O es que no he sido tan leal como esperabais? ¿Es pues la entropierna lo que da la capacidad al ser humano para hacer las cosas como han de ser?

SANCHO R

¡Por favor!

SANCHA

Pero ¿os dais cuenta de cuál es el motivo real por el que quiere arrinconar a las mujeres de la Iglesia?

SANCHO R

No me interesa. Mi cometido es hacer que se cumplan las normas que la Iglesia imponga.

SANCHA

Cumplir, cumplir, cumplir. Y ¿qué me decís de conocer? Sabéis cuál es uno de los grandes problemas de la Santa Iglesia: ¡el miedo a perder sus campos! El temor a que sus tierras sean repartidas entre los hijos de los abades. Y para hacerle frente, no se le ocurre mejor idea que desterrar a las mujeres de los monasterios. Expulsarlas de la Iglesia, dejarlas sin voz. Si no existen las mujeres, tampoco habrá descendientes, ¿verdad? Se acabó el problema. Pero los hay, y los habrá. Se pretende, que negándoles los derechos, no existan deudas, ¿no es así?

SANCHO R

La propia Iglesia ha de saber cómo manejar sus riquezas.

SANCHA

Yo también soy parte de la Iglesia. Sancho, hermano, el Señor Dios me puso en tu camino y me otorgó su bendición para cumplir la tarea que vos me encomendasteis; no puede ahora hablar nadie en su nombre. Ni el propio Padre Santo.

SANCHO R

No hagas este asunto más difícil de lo que es. Has sido fiel y has obrado con lealtad, así es. Y no tengo más que alabanzas para la obra que has realizado. Pero entiende la situación. Pídeme en pago a tu trabajo lo que estimes, y te lo concederé sin discusión, querida hermana.

SANCHA

No utilizéis “querida”, cuando esa palabra no expresa amor. Y si he de pedir algo, quisiera escuchar las mismas palabras que escuché hace ya dos veranos, cuando me llamasteis. Os pido firmemente el poder y el gobierno de las tierras que nuestro difunto abuelo, que en Su Gloria esté, donó generosamente al Arzobispado de Pamplona. Por la sangre que nos une os lo pido. Entonces me suplicasteis, y yo acepté el reto por ayudaros. Ahora, en cambio, yo os lo ruego: hermano, si me estimáis, no me lo arrebatéis.

SANCHO R

No lo puedo hacer, no está en mi mano.